

# LA VERDAD DE NUESTRO MEDIOEVO EXHUMADA A LA LUZ DE LA INVESTIGACION

El Ministro de Educación Nacional lleva  
a las Huelgas de Burgos su preocupación  
artística e histórica

**E**STAMOS en la iglesia del Monasterio de Santa María de las Huelgas, de Burgos. España ha traído aquí su preocupación artística e histórica. El Ministerio de Educación, de acuerdo con el Patrimonio Artístico Nacional, ha procedido a la apertura de las tumbas reales. Empresa formidable, acometida con el afán de rehabilitar dignamente la Historia, deshaciendo falsas leyendas, y devolver a los restos venerados de reyes y príncipes la tranquilidad que alteraron las expoliaciones francesas durante la invasión de 1808.

En Las Huelgas tenía España un Panteón real del bajo medievo. Alfonso VIII funda el Monasterio y se hace enterrar entre sus muros, no precisamente en el lugar donde hoy se exhibe su tumba. Es su sucesor —otro Alfonso, el Sabio— quien, al terminar las obras del Monasterio, ordena el traslado al actual emplazamiento. Así se forma el Panteón real más importante de España, después del de El Escorial, ya cercano a nosotros. Alterado el Panteón real de Aragón, en San Juan de la Peña, por el conde de Aranda; expoliados el de Poblet por la invasión del pasado siglo y el de León por los franceses, sólo nos queda el de Las Huelgas.

Había, además, en el empeño una razón histórica. Era necesario aclarar las atribuciones asignadas a cada sepultura. Nos encontrábamos con que en Las Huelgas se fijaban las tumbas de

Alfonso X y de Alfonso VII. Del primero sabemos que está en Sevilla, y el segundo, en Toledo. Otras sepulturas guardaban restos de personajes desconocidos. La verdad histórica pedía ser rehabilitada. Pero había más. Noticias fidedignas afirmaban la expoliación de que fueron víctimas las tumbas durante la invasión francesa. Algunas tapas ofrecían señales de haber sido despedazadas, y era necesario reparar los destrozos.

No era, sin embargo, la primera vez que se afrontaba la empresa. En 1908, por orden del cardenal Aguirre, se abren varias tumbas. Entre ellas, la de la reina doña Urraca, cuyo ataúd se ofrece vacío por completo. Otras almacenan huesos sueltos; otra, tres cabezas. Todo ello evidencia la rapiña francesa durante la invasión. Por decoro y por dignidad, España debía resolver definitivamente y en toda su magnitud el problema. La tarea era de carácter estatal y estatales tenían que ser los medios. De acuerdo con el Patrimonio Nacional, el Ministerio de Educación designa los miembros de la Comisión que ha de afrontar el empeño. La Comisión se traslada a Burgos e inicia los trabajos previos. Se eligen tres tumbas: una, que presenta señales claras de haber sido abierta varias veces, y que debía guardar los restos de doña Berenguela, hija de San Fernando; la segunda, la de Alfonso VIII, que no fué tocada más que durante la invasión francesa, y la tercera, la atribuída a Alfonso VII, que aparecía intacta. Los trabajos previos señalaron la importancia de la empresa e impusieron se llevase a cabo en toda su magnitud.

Un Decreto designa los miembros de la Comisión, de la que forman parte don Diego Méndez y don Francisco Iñiguez, consejeros del Patrimonio Nacional; don Manuel Gómez Moreno, por la Academia de la Historia; don José Luis Monteverde, por el Arzobispado de Burgos, presididos por el Director general de Bellas Artes. En presencia de la Abadesa mitrada y de las Autoridades, la Comisión procede a la apertura de las tumbas. Alonso y Cernuda, maestros consagrados, levantan las losas de los sepulcros, que son examinados cuidadosamente. La Comisión anota: las tumbas se han abierto muchas veces, sin precaución, de modo



Ricas telas, cuya fabricación estudian los arqueólogos, cubren los ataúdes.



Estado en que se encontró el sepulcro atribuido a Alfonso VII y que encierra, según parece, los restos de un infante de la Cerda.

violento. Los invasores quisieron arrasar nuestro acervo artístico. Una caja de cerillas del 1870 se encuentra en un sepulcro, y en otra, una alpargata. Otros sepulcros fueron convertidos en osario. En la tumba atribuída a doña Berenguela, la madre de San Fernando, se guardan dos cuerpos momificados. Los ataúdes presentan serios destrozos, que hay que reparar con urgencia. La Comisión tiene ante sí una ardua tarea. A la vista de los restos ha de dictaminar sobre las atribuciones, ha de reparar los destrozos causados y devolver a los cuerpos dignidad en su eterno reposo. Pero la Comisión puede ya, por el momento, exhibir el éxito de sus gestiones. A la vista de las telas examinadas, España puede enseñar al mundo, una vez más, maestra del orbe, cómo vestía un caballero del siglo XIII, cuya indumentaria era hasta ahora desconocida. Nuevas técnicas de tipos de tejido, de tapicerías, lo mismo árabes que hispanas, y de colores, podrán ser estudiadas ahora.

También para la Historia trabaja la Comisión. La realidad ha confirmado la leyenda. Aquel príncipe joven —Enrique I, hijo de Alfonso VIII— que murió al caérsele una teja en la cabeza, presenta el cráneo partido. La tumba atribuída a Alfonso VII encierra, según los estudios hechos hasta ahora, los restos de un infante de la Cerda. Cae por tierra la asignación de la tumba de Alfonso X, que reposa en Sevilla. La investigación opina que se trata de un obispo célebre. Ancho campo se ofrece a los investigadores y a los eruditos, a los arqueólogos y a los historiadores, que a la luz severa de la crítica han de exhumar la verdad de nuestro medievo.

Con cargo el presupuesto extraordinario, atiende el Ministerio de Educación todos los gastos de tamaña empresa. La labor es tenaz y difícil. Pero España podrá, un día no muy lejano, admirar sus resultados. En Las Huelgas se exhibirán, en artísticas vitrinas, al lado de las tumbas, los ricos brocados, los majestuosos vestidos, las soberbias telas, arrancadas a los destrozos del tiempo por la pericia de nuestros arqueólogos.

La Prensa olvida a menudo los trabajos y esfuerzos de nuestros investigadores. En el hilo de la amena conversación tejida en torno a Las Huelgas en esta tarde casi de estío, escuchamos de labios de uno de los profesores la estampa interesante de una etapa investigadora. Fué poco antes del glorioso Alzamiento. Afanábase el erudito profesor en localizar el cuerpo de Santo Domingo de la Calzada. La tradición lo situaba en la Catedral. Se levanta la losa y el investigador sólo encuentra monedas y cacillos de hierro. El estudio lo aclara. La gente atribuye virtudes curativas a la tierra que cubre el cuerpo del santo riojano, y acude al sepulcro con cacillos para llenarlos. Pero el cuerpo no aparece. El fondo del sepulcro lo forman tres losas. El profesor separa una de ellas y se introduce en la oscuridad sembrada de tinieblas. Dispara su linterna eléctrica y advierte que su cara roza el cráneo del santo. La verdad confirmaba una vez más la tradición.

Otra escena. Fué en Huesca. Estudiaba el arqueólogo el sepulcro de Ramiro II el Monje. Empotrado el magnífico sarcófago en una pared, sólo exhibía un frente, esculpido con primor. Horada los muros laterales y queda al descubierto el féretro, donde duerme el sueño eterno el rey aragonés. La tapa ha desaparecido y el esqueleto aparece intacto. La cabeza acusa un vigor destacado. La mandíbula, terrible. Reciedumbre física de quien forjó la horrorosa campana de Huesca para castigo de traidores.

La Historia se hace con historia, y la nueva España no podía permanecer de espaldas a este empeño gozoso.

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ